

EL TIEMPO como satisfactor escaso

DR. STAFFAN B. LINDER

La aceleración del consumo, fenómeno que se manifiesta en que cada vez se dedicará menos tiempo al consumo de cada satisfactor, puede adoptar varias formas. Por ejemplo, una versión más costosa de un artículo puede ser utilizada durante el mismo tiempo que se consagraba anteriormente a un bien más barato: un individuo, digamos, compra un Morris Major, en vez de un Morris Minor, cuando aumentan sus ingresos, o bien puede cambiar su teléfono negro por uno de color. Otra forma por la que puede acelerarse el consumo es lo que denominamos "consumo simultáneo", que se presenta cuando un consumidor trata de disfrutar de más de un bien de consumo a la vez: puede conservar su Morris Minor, pero instalar en éste un receptor de televisión; o bien, después de la cena, puede hallarse bebiendo café brasileño, fumando un puro holandés, escanciando a pequeños sorbos un coñac francés, leyendo el *New York Times*, escuchando uno de los Conciertos de Brandemburgo y agasajando a su esposa sueca, todo al mismo tiempo y con diferentes grados de éxito. Un tercer método de acelerar el consumo es el que denominamos "consumo sucesivo", por el que el consumidor disfruta de un solo bien a la vez, pero de cada uno de ellos durante un período más corto: en lugar de emplear dos horas guiando un auto por placer, el consumidor puede manejar durante una hora y dedicar la otra hora a la navegación, actividad que no podía permitirse con su anterior nivel de ingresos. En este caso, tenderá a declinar el grado de utilización de la existencia de capital, representada por los bienes de consumo.

Nota: Este texto, tomado de *Sweden Now* (vol. 3, núm. 6, junio de 1969), es una parte del capítulo "The Acceleration of Consumption", del libro del autor *The Theory of Hurried Leisure Class (La teoría de la clase ociosa apresurada)* que acaba de aparecer en Suecia y que será publicado en breve, en inglés, por Columbia University Press. El autor es ampliamente conocido en los países en desarrollo por su obra *Comercio y política comercial para el desarrollo* (CEMLA, México, 1964).

En la práctica, no son muy marcadas las diferencias existentes entre estas tres formas de aceleración del consumo. Un automóvil más grande, por ejemplo, puede ser considerado también como una forma de consumo simultáneo: su tamaño proporciona mayores dimensiones al placer de poseer un automóvil, aumenta el prestigio del propietario, aunque reduce su movilidad. Similarmente, las diferencias entre el consumo simultáneo y el sucesivo son, a menudo, pequeñas. Puede resultar difícil decidir, por ejemplo, si la persona que se encuentra comiendo frente a la televisión está comiendo y viendo simultáneamente, o si está alternando entre una y otra cosa. Pero a pesar de que en la práctica es difícil determinar cualquier delimitación precisa, puede resultar interesante tener en mente las distinciones conceptuales. A fin de ilustrar tanto la semejanza como la diferencia, puede decirse que el consumo simultáneo consiste en tener más actividades de consumo por unidad de tiempo, mientras que el consumo sucesivo estriba en dedicar menos tiempo a cada unidad de satisfactor.

PLACERES EN AUJE Y EN DECADENCIA

Un tercer asunto que aún queda por discutir es el de la forma en que variará el tiempo que se dedica a cada actividad de consumo, en relación al tiempo total destinado al consumo. Probablemente ocurrirá cierta redistribución de tiempo dentro del tiempo total destinado al consumo: descubrir los principios a que éstas obedecerán puede proporcionar algunos indicios valiosos sobre nuestra cambiante existencia.

La razón para que se dé una redistribución de tiempo entre diferentes actividades es la de que *un aumento en la intensidad*

de los bienes aumentará su rendimiento en tiempo en grados diferentes según distintas actividades. El placer derivado del tiempo que se emplea en ciertas actividades difícilmente aumentará si tratamos de aumentar la intensidad de los bienes. En cambio, en otras actividades, un aumento en la intensidad de los bienes producirá un aumento notable de su rendimiento en tiempo.

Muchas actividades, por naturaleza, dependen en gran medida del volumen de bienes de consumo de que pueda disponerse. En cambio, hay muchos otros placeres —antiguos y venerables— cuya intensidad no puede ser elevada empleando mayor número de satisfactores durante el tiempo a ellos dedicado. Por tanto, estas actividades estarán sujetas a una competencia cada vez más ruda en función del tiempo, y correrán el riesgo de caer a un lugar cada vez menos importante.

Los decrecientes placeres de la mesa . . .

Así como los artículos que han estado disponibles en el mercado desde hace mucho tiempo son probablemente los primeros que tienen que eliminarse cuando aparecen nuevos productos, también es probable que las actividades a las que se dedica cada vez menos tiempo sean los placeres tradicionales. Entre estos se halla el de comer. En vista de que hay un límite —bastante reducido para la mayoría de la gente— en cuanto al extremo en que los placeres de la mesa pueden expandirse por el aumento de la cantidad y calidad de la comida, es probable que el comer llegue a ser un objetivo secundario, es decir, que el tiempo que se le dedica disminuya a medida que se elevan los ingresos. De este modo, se pierde gran parte del placer de comer: un placer primario, con profundas dimensiones psicológicas, se reduce a una función de mero sustento. El tiempo que se gasta en ingerir el monto necesario de calorías y vitaminas, con frecuencia tiene que ser "mejorado" mediante la lectura del periódico o viendo la televisión.

. . . Y de la carnia

Otro placer antiguo y bien establecido es el del amor físico si es que este término clínico y circunspecto puede ser aceptado por aquellos que preferirían una expresión más voluptuosa. En vista de la enorme cantidad de "sexo" que se supone caracteriza a nuestra época, es quizá un tanto controvertible sugerir que se le dedica cada vez menos tiempo. Sin embargo existen muy buenos fundamentos para tal afirmación.

El hecho de tratar cuestiones sexuales en una obra sobre economía no resulta una innovación. Los economistas, sin embargo, han estudiado el sexo como un posible obstáculo al crecimiento económico, mientras que yo pretendo examinar el desarrollo económico como un posible obstáculo al sexo.

Si se interrogara a los economistas, probablemente dirían que el crecimiento económico ha tenido un efecto estimulante sobre las actividades sexuales. Los altos niveles de educación, consecuencia del desarrollo económico, han eliminado en gran parte la superstición y han permitido una corriente de emociones menos reprimida. Gracias también al crecimiento económico, los anticonceptivos han llegado a ser asequibles no solamente técnica sino también financieramente.

Semejantes argumentos son, posiblemente, bastante atinados. No obstante, ciertas fuerzas están actuando en la dirección opuesta. El amor toma tiempo. El hecho de cortejar y amar a alguien en forma satisfactoria es un juego que incluye muchas fases y éstas requieren de tiempo. A fin de ilustrar

cómo es que el crecimiento económico afecta la asignación de tiempo al amor, puede observarse que el placer producido por un abrazo difícilmente puede ser intensificado mediante el aumento en el número de bienes consumidos durante el período en cuestión. En realidad, los bienes serían casi un estorbo, excepto las necesidades mínimas de mobiliario. En este sentido, el amor difiere de casi todas las otras actividades, y es esto lo que hace tan vulnerable su situación.

Pueden distinguirse tres formas diferentes en las cuales se manifiestan los esfuerzos por ahorrar tiempo en la vida amorosa. Las relaciones amorosas incidentales, que por su propia naturaleza ocupan una gran cantidad de tiempo, se tornan menos atractivas; se está reduciendo el tiempo empleado en cada ocasión en que se hace el amor, y el número total de encuentros sexuales está disminuyendo.

El hecho de tener una amante es una institución que requiere un tiempo considerable. Se supone que la gente que ocupa cargos elevados —o incluso no tan elevados— debe estar realmente en el trabajo de la mañana a la noche. La amante, como institución, está desapareciendo. ¿Quién tiene tiempo en estos días para largas conversaciones o almuerzos íntimos con una mujer atractiva? Se me informa que la institución francesa del *cinq-à-sept* (de cinco a siete) —dos horas sobre las cuales los maridos en busca de amor no siempre se sienten dispuestos a informar— está desapareciendo en el creciente torbellino de la vida, incluso en Francia. En general, es posible que esté aumentando la fidelidad conyugal, si no en la intención por lo menos en la práctica. Toma demasiado tiempo el establecer nuevos contactos, si se compara con el reposo en el hogar. Por la misma razón, quizá, las personas jóvenes y vigorosas tienden a casarse pronto y a acortar un proceso de búsqueda que consume demasiado tiempo.

Por supuesto, aún están estableciéndose nuevos contactos sexuales y en una gran escala particularmente entre personas solteras. La escasez de tiempo, que va en aumento, debe conducir, en este caso, a que los contactos se establezcan después de acercamientos preliminares cada vez más breves. Dado que no se dispone de tiempo para repetidos almuerzos, durante los cuales se reconoce el contorno del terreno, hay que demostrar las inclinaciones propias más directamente. Las relaciones amorosas modernas son reminiscentes, según De Grazia, de los convenios de negocios: "sin ademanes cursis; pocas flores; sin desperdiciar tiempo en cumplidos elaborados, versos, o seducciones demasiado prolongadas; sin complicaciones, y sin dramas, por favor". Semejante sistema está diseñado para ahorrar tiempo, y presupone lo que se entiende por "libertad sexual".

Algunos placeres en auge

Hay algunos tipos de consumo a los que se asigna una cantidad de tiempo cada vez mayor. Este grupo reúne los placeres cuya intensidad puede ser incrementada con gran facilidad elevando el volumen de los artículos consumidos por unidad de tiempo.

La gente tiene una sorprendente afición por los grandes banquetes, las convenciones y los cocteles. Una explicación para ello puede ser que éstas son formas altamente efectivas de explotar el tiempo asignado al trato social: se conoce a mucha gente simultáneamente, y hay oportunidad de dedicarse al consumo simultáneo de comida y gente. El hecho de ser el único invitado a una cena suele considerarse por lo regular como menos halagador que el ser invitado en compañía de otros más. En cierto sentido, debería ser al contrario. Tal vez ello no es halagador porque da a entender que el tiempo del invitado

único vale tan poco que este puede darse por satisfecho con conocer sólo a un par de personas a la vez. Los esfuerzos por economizar de esta forma el tiempo de que se dispone conducen, a su debido tiempo, a que se cuente con numerosos conocidos y ningún amigo.

Sin embargo, los ejemplos más claros de los placeres que están en auge se encuentran entre las actividades que están basadas en el uso de cosas. La elasticidad-ingreso promedio de tales actividades es considerable. El ambiente que rodea al consumidor típico es un complicado embrollo de cosas: una casa y una cabaña de verano; automóviles y una lancha; televisión, radio y tocadiscos; discos, libros, periódicos y revistas; ropa formal y prendas de vestir deportivas; raqueta de tenis, raqueta de badminton y raqueta de ping pong; pelotas de fútbol, balones de playa y pelotas de golf; sótano, desván y closets y todo lo que éstas contienen. El tiempo total empleado en usar todas estas cosas aumenta; simultáneamente, sin embargo, el tiempo asignado a cada una de ellas en particular disminuye.

Si dividimos las diversas actividades de este grupo en sus distintos componentes, naturalmente encontraremos que todas estas "subactividades" no están demandando más tiempo, sino que están disputándose mutuamente el tiempo, y muchos bienes, aunque todavía sean utilizables, en realidad no se usarán nunca. Mucha gente tiene una raqueta de tenis tirada en alguna parte y sin usarla jamás, o un juego de críquet abandonado en algún rincón. Aun cuando la teoría económica parece enseñarnos que los bienes tienen utilidad sin tener en consideración el tiempo que se les dedique, estos objetos serán considerados por el individuo como inútiles. Si su dueño puede encontrar la oportunidad para deshacerse de ellos —la última función de mantenimiento— entonces éstos serán desechados. En esta forma, el consumo acelerado conduce a un sistema de "desechar artículos" debido a la falta de tiempo para el consumo. Una defensa empleada para refutar acusaciones en el sentido de que las empresas venden productos con "obsolescencia planeada" (es decir, con una vida útil más corta de la que hubieran podido tener sin necesidad de un mayor costo de fabricación) es precisamente la de que la gente no quiere conservar sus pertenencias por tanto tiempo, y que tal hecho puede admitirse al planear el proceso de producción.

Una ocupación particular que ha venido a ocupar un papel de gran importancia en los esfuerzos de los individuos por elevar la "intensidad de los bienes" que consumen es la fotografía. Un turista, por ejemplo, ya no necesita conformarse con disfrutar de lo que ve, sino que puede proporcionarse a sí mismo la sensación de "ocupar realmente" su tiempo al tomar fotografías. Las cámaras fotográficas han hecho posible elevar la intensidad de muchos bienes de consumo. En estas condiciones, es fácil comprender por qué el amor es tan vulnerable a la competencia, sin consideramos que se está gastando tiempo en una sola persona y ni siquiera se puede tomar fotografías del acontecimiento.

LOS RIESGOS DE LA ACELERACION

El consumo se acelera a fin de aumentar el rendimiento del tiempo dedicado al consumo. Naturalmente, existe el riesgo de que el aumento en la intensidad de los bienes y la consiguiente redistribución del tiempo resulten, en realidad, contraproducentes o, cuando menos, no proporcionen óptima satisfacción. Sabemos que la riqueza no garantiza la felicidad. Sería aventurado tratar de explicar por qué es éste el caso y ello nos apartaría del tema principal de este ensayo. Aún así, puede ser de algún interés señalar que el crecimiento de los ingresos puede

conducir a un rendimiento cada vez menor del tiempo destinado al consumo.

Walter Kerr, en su fascinante libro *The Decline of Pleasure*, ha insistido en que la necesidad actual de que el tiempo debería ser usado de forma que brinde un alto rendimiento, impide un goce franco. Este bien puede ser el caso. Las actividades sumadas en un corto tiempo pueden anularse gradualmente entre sí. Como ejemplo de una forma dudosamente placentera de consumo simultáneo, puede citarse lo siguiente del libro de Kerr: "Se nos trata de vender 'Música para Leer', 'Música para Hacer el Amor', 'Música para Dormir' y, tal como la ha dicho un humorista, 'Música para Escuchar Música'. Lo que es interesante acerca de estos títulos es que describen con gran ingenuidad la posición de las artes populares en nuestra época. Admiten desde el principio que nadie, ¡por amor de Dios! está dispuesto a sentarse y escuchar atentamente la música. Queda entendido que, mientras la música suena, todo aquel que esté cerca para escucharla debe estar ocupado haciendo cualquier otra cosa..."

Para brindar otro ejemplo de dudoso consumo simultáneo: el fotógrafo aficionado tenaz puede perder su capacidad para apreciar el momento. Una persona así está empeñando el presente a cambio de un futuro incierto. Particularmente en aquellas actividades que para poder ser disfrutadas requieren excelencia, disciplina y paciencia, los esfuerzos para ahorrar tiempo pueden resultar fatales. Tales ocupaciones llegan a ser aburridas, si es que no una verdadera tortura. El cultivo del intelecto, en cualquier nivel importante, pertenece a esta categoría. Para citar lo escrito por Erich Fromm: "... cualquiera que alguna vez haya tratado de dominar un arte sabe que la paciencia es necesaria si se desea lograr algo. Si se persiguen resultados rápidos, jamás se domina un arte. Empero, para el hombre moderno, la paciencia es tan difícil de practicar como la disciplina y la concentración. Todo nuestro sistema industrial cultiva exactamente lo contrario: rapidez"

Los riesgos a los que Kerr y Fromm han dirigido la atención se refieren a un consumidor que se desvía *inconscientemente* de una asignación óptima de tiempo. Sin embargo, existe el peligro de alejarse *conscientemente* de la distribución de tiempo que en realidad convendría seguir. Esto es resultado de una tendencia a "sobrehipotecar" las disponibilidades de tiempo y del hecho de que el tiempo dedicado al consumo es el que más fácilmente se reduce en una situación tensa. Mucha gente subestima las necesidades de mantenimiento de distintos artículos. Cuando estos requerimientos se dejan sentir, el tiempo de consumo se utiliza a manera de estabilizador. Cualquiera que haya adquirido una piscina puede haber encontrado, para su desgracia, que tiene que consagrar tanto tiempo a su conservación que no le queda tiempo para nadar en ella. Es fácil encontrar ejemplos de una "ceguera ante el mantenimiento", que hace pedazos los proyectos que tiene la gente para ocupar su tiempo. Existe también una especie de "ceguera del placer" Mucha gente sin duda ha cometido el error de adquirir diferentes artículos sin reflexionar que toma tiempo utilizarlos. Personas cuyos ingresos se han elevado de pronto pueden haberse afiliado tanto a un club de golf como a un club náutico, solamente para descubrir que carecen del tiempo para hacer uso de los privilegios de ambos. O bien, para dar la impresión de efectivamente emplearlos y para calmar sus conciencias, quizá pasan velozmente de uno a otro, en una forma que es ciertamente incompatible con una existencia reposada en cualquier sentido de la palabra. Es fácil ignorar el hecho de que los bienes requieren tanto de tiempo para conservarlos como de tiempo para disfrutarlos, y esta forma de ceguera conduce a una distribución del tiempo inferior a la óptima.